Víctima: Andreu París Martorell
Autoría: Antònia París Llompart

***Carta a las víctimas de la guerra civil y el franquismo***

## A la memoria de mi padre[1]

*La familia*

Nací en Inca, un pueblo de la isla de Mallorca, en una familia humilde: mi padre era zapatero, no nos sobraba el dinero, pero tampoco nos faltaba nada. Mi madre se ocupaba de la casa y de los hijos; los dos se querían muchísimo y los recuerdos que tengo de mi niñez antes de 1936 son muy buenos. Éramos cinco hermanos, con pocos años de diferencia; era una casa alegre y viva.

*1936*

Soy la segunda de los hermanos, la mayor de las niñas. En julio de 1936 yo tenía 11 años y éramos todavía cuatro hermanos: mi madre estaba embarazada.

Mi padre era un hombre muy idealista, con principios de igualdad y justicia, y tenía mucha personalidad. Era muy buen hombre, conocido en el pueblo. Era republicano, muy valiente, con ideas socialistas. Llamaba la atención por su personalidad. Leía mucho y siempre le agradeceré que me inculcara el hábito de la lectura. Yo le quería muchísimo. En casa, cuando él trabajaba, me sentaba a su lado y le escuchaba hablar de sus ideas: decía que era injusto que la gente humilde tuviera que trabajar tanto para que sus hijos pudieran estudiar mientras otros lo tenían todo sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, que el mundo estaba mal repartido; me hablaba de las diferencias sociales y de cómo creía él que podían mejorar las cosas; recuerdo que me pedía que le leyera el periódico mientras trabajaba, me decía que era importante que lo hiciera cada día para poder estar enterada de lo que pasaba en el mundo, y después comentábamos las noticias. Algunas tardes solía ir a un café que creo que se llamaba Cafè Republicà, se reunía con amigos y compañeros, hacían tertulias... Yo iba con él alguna vez.

*Julio de 1936*

En Inca se rumoreaba que había personas con poder e influencia que se reunían en un café. Eran contrarios a la República y se sospechaba que tramaban algo. Oí decir que uno de ellos era el que después, en tiempos de Franco, fue el notario de Joan March. O sea, que era gente con dinero, y además, estaban afiliados a la Falange.

1 Traducción al castellano del original, escrito en primera persona en catalán.

Pocos días después de aquellas reuniones salieron de la iglesia de Santa Maria la Major los falangistas armados (habían guardado las armas en la iglesia) y tomaron rápidamente el poder: quitaron de en medio a cualquier persona que les pudiera oponer resistencia. Todo fue muy rápido. Decían que había empezado la guerra en España. Todo era muy confuso. En aquellos tiempos no había los medios de comunicación que existen hoy en día y las cosas se sabían porque se comunicaban de boca en boca y por lo que se podía ver... No todo el mundo tenía radio y la prensa llegaba tarde.

Hubo muchas detenciones: se oía decir que se habían llevado a este o aquel, y que no se sabía nada de él.

La idea que tenía yo, una niña de once años, sobre una guerra, era de dos bandos contrarios que luchaban, con barricadas y armas, con disparos continuos... Pero aquí no fue así. Al menos en Inca, por lo que yo vi, solo había un bando armado reprimiendo a un pueblo: el de los falangistas; el otro bando era para mí todos los que no lo eran, y nosotros no lo éramos, falangistas, así que intuía claramente el peligro a pesar de ser tan pequeña.

En la calle se podía palpar el miedo. Recuerdo algunos bombardeos y como empezaba a correr cogiendo a mi hermano pequeño de la mano e íbamos a refugiarnos. Pero este miedo se nos pasaba: éramos niños, y cuando paraba el ruido de los aviones y de las bombas salíamos y seguíamos jugando. El otro miedo lo llevaba dentro. A pesar de que mi padre intentara tranquilizarnos yo sabía que algo malo nos pasaría. El 4 de agosto de 1936 nació mi hermana Catalina y unas semanas después se presentó en casa la guardia civil para hacer un registro: solo encontraron unas revistas que creo que eran socialistas y con un nombre algo así como *La Igualdad*.

*Detención*

La familia de mi padre eran tres hermanos y una hermana. Mi abuela (madre de mi padre) tenía una finca en el campo en Son Ravenet, que estaba a las afueras del pueblo y decidieron ir a pasar aquellos días de confusión todos a la casa. Éramos muchos niños y niñas, y recuerdo que dormíamos en colchones por el suelo. Para los chavales aquello era como una fiesta, aunque a veces veíamos las caras de preocupación de los padres y esto nos inquietaba.

Unos días más tarde llamaron a mi padre y él se presentó. Ahora creo que tal vez fue porque estaba condicionado por tener tantos hijos, uno de ellos un bebé y la mujer todavía convaleciente del parto. No huyó intentando pasar al otro bando como hicieron algunos. Recuerdo a un vecino que estaba escondido en la parte de atrás de su casa durante el día y por la noche salía a estirar las piernas; su mujer le daba comida y al amanecer volvía a esconderse... Y así lo hizo durante mucho tiempo.

Mi madre lo intentó convencer para que no se presentara; pero él decía que no había hecho nada malo y que no tenía por qué esconderse, que no tuviéramos miedo, que volvería (le dijo que se presentaba voluntariamente porque sabía que si lo iban a buscar

a casa podía ser un desastre, no quería que tomaran represalias contra la familia). Con mi padre también se presentaron los dos hermanos: el tío Antoni y el tío Miquel, y el cuñado: el tío Bernat. Los dos primeros estuvieron encerrados un tiempo y después los soltaron pero a mi tío Bernat y mi padre no; la abuela nos decía que estuviéramos tranquilos, que volverían.

*Prisión de Sant Domingo de Inca*

Pero no volvieron. Los encerraron en la prisión de Inca. En casa nos organizamos como pudimos: a cada cual se nos adjudicaron unos trabajos y ayudábamos cómo podíamos. El mayor de casa era mi hermano Andreu. Alguien tenía que llevar la comida a mi padre y, como que mi madre temía que si lo hacía él, se lo podían quedar, porque era un chaval de trece años —y sabíamos que habían cogido a otros—, fui yo la encargada. Esto no era una carga para mí, era un premio: me sentía orgullosa de mi padre e iba, aunque con miedo, con la cabeza muy alta.

En Sant Domingo hay unos jardines a la entrada y una especie de patio. En la entrada de la prisión había falangistas. Cuando llegabas te paraban y te decían «¡Arriba España!»[2], te hacían levantar la mano y contestar con su saludo. Al verme muerta de miedo me preguntaban: «¿Que quieres?». Yo les decía: «Le llevo la comida a papá, Andreu París». Y ellos: «Y tú, sinvergüenza, ¿hablas de tú a tu padre? Eres una maleducada». «Hija de rojo tenías que ser...»[3]. Me echaba a llorar, se reían de mí, nos trataban mal, no nos querían y yo lo notaba.

Había otra gente como yo allí y vi escenas que tengo grabadas en la memoria, escenas terribles, muy desagradables... Recuerdo una vez a un hombre que yo conocía, vivía cerca de la casa de mi abuela; sabía que era republicano y amigo de mi padre porque algunas veces los había visto hablar... Este hombre, yo no sé si para provocar o tal vez no, no lo sé... Llevaba en cada mano una especie de bidones muy pesados, y estaba atravesando el patio. Le dieron el alto y le exigieron el saludo falangista. El hombre dijo «¡Arriba España!»[4], pero no levantó el brazo. Yo estaba allí mismo, al lado de cuatro o cinco falangistas. Uno le pegó un golpe con el fusil y le empezó a salir sangre de la frente... El hombre decía: «No puedo, no puedo... Voy cargado...». Uno de ellos se acercó y le dijo: «¡Está claro que puedes! Pero, además, lo harás sin soltar los bidones, ¡firmes y con el brazo estirado a la altura de la cabeza![5] Como sueltes la carga o no lo hagas como toca te mato aquí mismo!» Lo intentó pero no podía y decía «No puedo... No puedo...». Le empezaron a pegar todos con los fusiles y el hombre cayó al suelo, lleno de sangre... Yo estaba aterrada, fui corriendo a contarlo, llorando, a mi madre. Ella me abrazaba y me decía: «No llores, no llores». Pero ella también lloraba...

*Resistir*

Para mí, llevar la comida a mi padre era una manera de resistir y, aunque tenía miedo, siempre quería hacerlo. Solo era una niña y me intentaban humillar, pero yo sabía que

2 En castellano en el original.
3 Ídem.
4 Ídem.
5 Ídem.

conseguían justamente el efecto contrario: me sentía orgullosa de ser hija de mi padre, iba con la comida en la cesta consciente de que seguramente lo maltrataban, pero yo sabía como era mi padre y sabía que resistiría, así que yo también tenía que resistir.

*Can Mir. Palma*

Pocos meses después se lo llevaron a Palma, a una especie de prisión provisional que era un almacén de madera, o algo parecido. Se llamaba Can Mir y actualmente es el cine Augusta de Palma. Cómo que aquello no era una prisión (no tenía ventilación) y había muchos detenidos, hicieron un muro en la acera de la calle, a la altura de la cabeza, para que los hombres pudieran salir a estirar las piernas y respirar, una especie de patio. Desde fuera yo podía ver un poco las cabezas de los presos, había muchos. Fuera siempre había familiares o amigos que los querían ver o saber algo de ellos.

Una de las veces que mi madre pudo comunicarse con él, le preguntó si quería que fuese a ver a algún conocido del bando contrario para pedirle ayuda, pero mi padre no quiso, le dijo que no quería que pidiera a nadie de esta gente ningún favor. Le dijo que nos contara a nosotros, sus hijos, que él no había hecho daño a nadie, y que del mismo modo que lo habían encerrado lo tendrían que liberar. Pero se equivocó.

*La última vez que lo vi*

Me fui con mi abuela materna a vivir a Palma para estar cerca de mi padre y poder seguir llevándole la comida. La prisión de Can Mir estaba custodiada, como la de Inca, por falangistas y la Guardia Civil, y eran igual de desagradables con nosotros que los otros. La gente, fuera de la prisión, hablaba y decía que los que había allí estaban detenidos sin causa y que, o bien les tenían que atribuir una y juzgarlos, o bien los tendrían que soltar. Pero ni se les juzgaba ni los soltaban. Los que salían no volvían a su casa, y yo oía decir que se les interrogaba y torturaba. Recuerdo bien que alguien dijo que les daban aceite de ricino. Yo esperaba fuera y siempre miraba hacia el muro. El mejor recuerdo que tengo de aquellos tiempos es de un día en que, desde fuera, cuando intentaba ver a mi padre entre tantas cabezas, antes de verlo lo oí, reconocí su voz, me llamaba, el corazón me iba deprisa, deprisa, yo no lo veía, miraba y miraba, y al fin, vi una mano saludando y lo reconocí; vi su cara, me hablaba y sonreía, estaba muy contento, reía, yo también; levanté la mano y recuerdo que le decía «papá, papá...». Es la última vez que lo vi.

*«Lo han soltado»*[6]

Era un día de invierno. Cuando llegué a la prisión y me presenté, el de la puerta ya me conocía y me dijo: «Ya no hace falta que vengas más. Hoy han soltado a tú padre»[7]. Tenía tantas ganas de que lo soltaran que en aquel momento creí lo que me decía aquel hombre, me fui corriendo muy contenta a casa de unos conocidos para contárselo y para telefonear a mi madre, que en aquel tiempo se había tenido que poner a trabajar en una fábrica de Inca.

6 En castellano en el original.
7 Ídem.

Mi madre cuando me oyó seguramente ya vio qué había pasado y se echó a llorar. Yo no lo entendía y le decía: «¿Qué te pasa? ¿No me oyes? ¡Lo han soltado, lo han soltado! ¿Por qué lloras?». Me dijo que no me moviera, que venía enseguida, que cogía el tren, que la esperara...

No sé qué tiempo esperé, allí, quieta, sin moverme, tal como ella me había dicho. Empecé a pensar que era extraño que mi padre no me hubiera esperado para coger el tren juntos y volver a casa, pero me seguía repitiendo a mí misma «lo han soltado...», hasta que mi madre llegó con mi hermana pequeña en brazos, vi sus ojos que miraban los míos y sin decir nada empecé a llorar.

*Mi madre y yo preguntando por mi padre*

Este día fuimos a muchos sitios oficiales que yo no podría identificar porque no conocía casi nada de Palma, e íbamos preguntando. Nos miraban cómo si estuviéramos locas. Nos repetían que lo habían soltado. Había falangistas y gente uniformada, supongo que militares. Nos decían que se había ido, que quizás nos había abandonado, que no sabían nada. Mi madre repetía: «¿Donde lo habéis soltado? ¿Cuándo? ¿Qué habéis hecho con él? ¿Por qué a él?» Y nadie nos contestaba... Todavía hoy nadie nos ha contestado.

*Sin mi padre*

Resistí como pude. Cada vez que veía un desfile de militares o de italianos por las calles de Inca, o cuando tenía que cantar el *Cara al sol*, me cogía de la mano de mi hermano mayor y recordaba a mi padre.

Unos días después de asesinarlo fue también asesinado el tío Bernat Mateu.

No sé como mi madre pudo aguantar todo aquello. Era una mujer muy valiente, no quiso firmar un documento que decía que había visto a su marido muerto y que eximía a su hijo mayor de hacer el servicio militar. Por eso, según ellos, nosotros no éramos huérfanos, ni mi madre viuda, así que mi hermano tuvo que hacer el servicio militar y mi madre tuvo que prescindir de él, aunque seguramente lo necesitaba mucho. Nos apuntó a un comedor que creo que era de la sección femenina y así podíamos comer. Muchas de mis amigas se habían hecho falangistas, llevaban uniforme de buena calidad y seguían yendo a la escuela; yo la tuve que dejar, y me sabía muy mal, a veces sentía envidia de estas amigas y, al mismo tiempo, rabia y vergüenza por estos sentimientos.

Me puse a coser en casa de una modista amiga de mi madre. A esta mujer le habían matado tres hijos junto con el padre, los hermanos Sancho, uno de ellos solo tenía veinte años. También me ocupaba de la casa y los hermanitos pequeños. Mi hermana Esperança me ayudaba, pero solo tenía diez años y hacía lo que podía. A veces me veía muy apurada con tres hermanos más pequeños que yo, recuerdo que tenía que llevar a amamantar cada tres horas a mi hermana pequeña al trabajo de mi madre y algunas veces no me acordaba, o tenía que hervir patatas y no me acordaba de hacerlo... y me ponía a jugar con mis hermanos; ella nunca me riñó por eso. Mi hermano mayor trabajaba al mismo tiempo que estudiaba. Mi madre trabajaba en una fabrica de tejidos

durante todo el día, y por la noche, después de cenar, cuando nosotros ya dormíamos se ponía a coser zapatos. Recuerdo que iba a la despensa, cogía un puñado de manzanas y nos daba dos o tres a nosotros y ella se quedaba las que tenían algún golpe, y aun así todavía sonreía cuando mi hermano Joan, que tenía tres años y era muy gracioso, hacía alguna de las suyas.

Éramos «hijos de rojo, traidor y ateo»[8]. Los sentimientos que provocaban en mí estos comentarios eran de rabia y al mismo tiempo de orgullo, porque sabía que mi padre era un buen hombre, que quería muchísimo a su familia, un hombre con grandes principios que no se había doblegado y que había resistido, por lo que lo asesinaron. Por eso, cada vez que intentaban hacerme creer estas mentiras, yo me afianzaba más en la verdad, cada vez que intentaban hacerme olvidar, yo me acordaba más de las cosas... Consiguieron el efecto contrario al que pretendían durante la guerra, durante la dictadura y durante la democracia, y así será durante todos los años de mi vida.

*¿Olvidar y perdonar?*

Olvidar, intentaron que lo hiciera con el silencio forzado; pero nunca, nunca lo olvidaré. ¿Perdonar? nadie nos ha pedido nunca perdón, ni siquiera ahora, en plena democracia. Un día de invierno de 1937 mi madre preguntaba y preguntaba, y nunca nadie ha contestado a sus preguntas; hacían cómo si mi padre no hubiera existido nunca. Pero sí que existió, y por eso quiero agradecer la oportunidad de poder expresarme y hacer público el recuerdo y el nombre de mi padre: Andreu París Martorell, que estará siempre vivo en mí y en la memoria de mi familia.

En nombre de todos nosotros, os agradezco la atención que nos habéis dado.

Antònia París Llompart

8 En castellano en el original.